

El alhagüño cuadro que se traza de los prósperos resultados de la conservacion de nuestra independenciam y de la integridad de nuestro territorio, deberia servir precisamente de estímulo para no abusar contra ellas. Al atacarlas, se pierden por necesidad muchas de las ventajas pronosticadas, y especialmente las relativas á Francia, pues léjos de que subsista su influencia en el centro de la América, acabará por naufragar como justo castigo de una ambicion insensata. Quien siembra odio no puede cosechar amor.

México no puede agradecer agravios, tan escandalosos como inmerecidos. Sus intereses no pueden estar de acuerdo con los de una potencia injustamente agresora. Sus buenas relaciones con las potencias europeas, no pueden encontrar punto de apoyo en la que atiza la discordia y falta á los compromisos mas solemnes.

En su avance sobre México, el invasor tropezará con la resistencia de un pueblo decidido á defenderse á todo trance. Del vigor de la defensa esperamos que no consienta que la bandera francesa ondee en nuestra capital; mas si tal desgracia llegare á acontecer, el gobierno que aquí se establezca, ya sea monárquico ó no, será una autoridad de burlas, escarnecida, despreciada, anatematizada en la república entera.

Miéntas permanecieron en la oscuridad las intenciones de Napoleon III, pudo haber ilusos que las creyeran menos atentatorias. Conocidas ya oficialmente, los mexicanos que se presten á ayudarlas, merecerán á la vez que la de traidores, la calificacion de imbéciles.

## LA CUESTION EXTRANGERA.

México, Marzo 6 de 1863

En ese *totum revolutum* que se llama continente Europeo, decirse puede que casi no hay una sola nacion en que esté sistemado el bienestar público en términos satisfactorios. Ya sea por un principio, ya por otro diverso, lo cierto del caso es que distan mucho de haber llegado á un punto de felicidad, capaz de justificar las continuas diatribas que dirigen á los pueblos de este lado del Atlántico, recién nacidos á la vida política, en cuyas primeras luchas han sufrido los desastres propios de la inesperienza.

Sin detenernos á reseñar cuanto encierra de turbulento y anárquico el viejo mundo, tarea que nos llevaria demasiado léjos, mencionaremos en pocas palabras algunos de los gérmenes de discordia á que nos referimos.

La cuestion de Oriente vuelve á tomar un aspecto alarmante, así por las complicaciones que entraña la conducta observada por la Puerta Otomana en la Herzegovina y el

Montenegro, sobre lo cual ha habido ya un desacuerdo significativo entre Inglaterra y Rusia, como por las relaciones cada vez mas hostiles de las poblaciones cristianas sujetas al imperio turco, y el decrépito y fanático sultan, en cuyas manos corre peligro de hundirse para siempre el en otro tiempo brillante tromo de Soliman y de Mahomet.

La Rusia se ha detenido en el camino de civilizacion abierto con la emancipacion de los siervos, y reincide en el sistema de opresion grato á los autócratas, con el que está en perfecta consonancia el martirio prolongado de la Polonia, pueblo heróico que nunca deja de moverse bajo la mano férrea de sus verdugos.

La Alemania busca en vano un sistema unitario, que concilie los contrapuestos intereses de las fracciones en que está dividida. El rey Guillermo se empeña en Prusia en sostener el ya caduco principio del derecho divino, mientras en Austria Francisco José no alcanza á combinar los discordes elementos de su heterogeneo imperio, y se prepara á la inevitable lucha que ha de arrancar de su corona el último florón de su monarquía italiana.

Lucha entretanto Inglaterra con el temible pauperismo, exacerbado con la falta de trabajo, y cuyas mil llagas no consigue curar la diligente mano de la caridad.

Anúncianse en Dinamarca graves disturbios, con la próxima sucesion del rey Federico III.

Pierde la Francia en dignidad, en progreso intelectual y moral, en verdadera gloria, cuanto gana en mejoras materiales. Derribada la tribuna, muda la prensa, sofocada la libertad, pervertido el juicio, descende la gran nacion de la elevada altura á que habia sabido llegar.

Domina todavía en España el espíritu anti-progresista, estrellándose en ese muro, que ha de acabar por venir al

suelo, pero que opone todavía tenaz resistencia á la barreta de la reforma, los enérgicos esfuerzos de los enemigos de la rutina y de las preocupaciones.

No necesitamos seguir adelante para que se vea á una simple ojeada lo mucho que tienen todavía que hacer en su casa, esas potencias europeas que vienen con la absurda pretension de sacarnos de la barbárie, cuando ya en varios puntos pudiéramos darles lecciones de civilizacion, y cuando en todo lo que les somos inferiores, van tan erradas en su sistema de enseñanza.

Aunque como se advierte por las rápidas indicaciones que nos hemos permitido, no falta en qué se ocupe la atencion pública en Europa, tres son las cuestiones que la han fijado allí de preferencia: la griega, la italiana y la de México.

La popularidad que desde un principio alcanzó la candidatura del príncipe Alfredo, ha seguido cada día en aumento, de manera que, llegada la hora de la votacion, obtuvo su nombre una inmensa mayoría de sufragios, casi sin competidores. Mas no por eso quedó resuelto el problema, á cuya solucion se oponia el acuerdo de las grandes potencias sobre exclusion del trono griego de las dinastías reinantes. Entraron, pues, en lucha abierta el respeto debido á un compromiso solemne, y el derecho del pueblo griego á escoger para monarca á quien mejor le pareciera, sin traba de ninguna especie. La oposicion natural de Francia y Rusia, asociada con la resistencia de la misma Inglaterra, han nulificado el nombramiento hecho á favor de Alfredo. En lugar suyo se han buscado otros candidatos, de los que el mas rogado ha sido el príncipe Fernando, regente que fué de Portugal; pero ni él ha querido prestar su consentimiento para un arreglo convencional, ni seria cosa llana que se avi-

niesen á reconocerlo como rey los súbditos á quienes se trata de imponerlo. Continúa, en consecuencia, subsistiendo la dificultad de llenar el trono vacante, sin que sea parte para allanarlo la enunciada cesion de las Islas Jónicas. Corre entretanto el tiempo, anunciándose la posibilidad de que adopte Grecia el sistema republicano, ya que no le es dado coronar al monarca de su eleccion.

No son menores los embarazos en que se encuentra el nuevo reino de Italia. Antes de la salida del ministerio Rattazzi, vió la luz pública una nota de Durando, el secretario de relaciones exteriores, sobre la desocupacion de Roma. Declarábase en ese documento, que nunca se habia dejado de querer que fuera aquella ciudad la capital de la Península, á pesar de haberse reprimido por la fuerza la tentativa de Garibaldi. Drouyn de L'Huys, en su contestacion presentó como uniforme y consecuente la política seguida por la Francia en Italia, especialmente respecto de Roma, protestando á la vez la decision de no abandonarla.

Los debates que poco despues hubo en el parlamento italiano, no permitian la continuacion del gabinete. Vivamente atacado por su política exterior é interior, vió venir sobre sí una tormenta deshecha, que evitó con una oportuna retirada. El que le sucedió, no está presidido por el marqués de Torrearsa, como dijeron los primeros periódicos que anunciaron el cambio, sino por Farini, á quien se califica de uno de los hombres mas moderados del partido de accion.

El programa que presentó luego que fué nombrado, no desmiente ese concepto, pues sin renunciar á las aspiraciones de que Italia llegue á la mas completa unidad, se abstiene de toda indicacion en ese sentido, como quien aplaza la realizacion de la idea para época mas bonancible.

Sin embargo de que ninguna de estas cuestiones deja de

tener relacion mas ó ménos directa con México, lo que mas nos interesa es naturalmente lo que se refiere en derechura á nuestro país.

El exámen retrospectivo de los hechos ocurridos desde que se firmó la convencion de Lóndres, fué en Diciembre del año anterior objeto de prolongados debates en el senado español. Para dar la amplitud necesaria al extracto de las discusiones y á nuestra apreciacion crítica, tuvimos necesidad de dedicar á esa materia una revista especial; pero como cuando la escribimos no era aquí conocida sino muy en compendio la peroracion del general O'Donnell, que hasta últimamente es cuando se ha publicado íntegra, debemos analizarla conforme al mismo plan que las demas, para no dejar trunco nuestro trabajo.

El presidente del consejo de ministros comenzó por lamentarse de que la cuestion de México hubiera sido la única en que se hubiesen fijado los senadores, cuando habia otras varias pendientes, muy dignas de séria consideracion.

Ocupándose primero de la cuestion general de la política española en América, opinó que los gobiernos de la Península hubieran debido apresurarse á reconocer la independencia de las colonias emancipadas, con lo cual se habria conseguido mas influencia. Pensamiento es éste con el que estamos enteramente conformes.

Una vez reconocida la independencia, aunque fuera de tiempo por un mal entendido amor propio, se debió fijar la línea de conducta que hubiera de seguirse en adelante. Mostrando conformidad con las ideas del marqués de la Habana, calificó O'Donnell de buena política la de no intervenir en las cuestiones interiores de las repúblicas americanas, la de exigirles respeto á la bandera é intereses de España, y la de hacerles comprender, sin faltar á la consideracion debida

á pueblos desgraciados, que tal conducta era hija de la generosidad, no de la impotencia.

Olividóse el orador de que el marqués de la Habana proclamó el uso constante de la fuerza, como el único medio de que España fuera respetada, y atendidos los intereses de sus súbditos, y nada dijo sobre este punto gravísimo. En cuanto á lo demas, no vemos cómo pueda merecer el nombre de generosidad la simple no intervencion en nuestros negocios domésticos, cuando eso no es mas que el cumplimiento de una obligacion á que están estrictamente sujetos los pueblos entre sí.

Y si, supuesto tal principio, no corresponde á España el nombre de generosa bajo el punto de vista del derecho, tampoco de hecho le conviene, pues por confesion expresa del duque de Tetuan, el no habernos agredido antes, no ha consistido en buena voluntad para con nosotros, sino en haber yacido la marina española hasta hace pocos años en la mas completa postracion. Muy conveniente es tomar nota de tan importantes revelaciones.

Eslo tambien la de que ha habido proyectos de colocar un príncipe en el trono de México y en otro Estado de América. Reprueba O'Donnell esos planes intervencionistas, los cuales afirma que despertaron la idea de que España no habia renunciado á la conquista, aumentándose así de rechazo el odio á los españoles.

Pasando de la cuestion general á la particular de México, dijo el orador: que su patria habia recibido de nuestra república continuos agravios; que el tratado de 1853 sobre reconocimiento de créditos no llegó á cumplirse, lo cual hizo necesario enviar á las aguas de Veracruz un plenipotenciario con cuatro buques de guerra; que ese plenipotenciario hizo lo que no debió hacer, poniendo al gobierno español en el

caso de tener que desaprobar su conducta; que los asesinatos de Cuernavaca y San Dimas obligaron á tomar las convenientes disposiciones militares; que los buenos oficios de Inglaterra y Francia detuvieron el golpe, abriéndose nuevas negociaciones, cuyo resultado fué el tratado Mon-Almonte; que nada tienen los españoles que agradecer á Almonte, quien retrasó cuanto pudo firmar el tratado, pidió diferentes veces instrucciones á su gobierno, y procuró sacar las mejores condiciones posibles; que se mandó despues un embajador á México, el cual fué expulsado de la república; y que si no se procedió desde luego á cañonear á Veracruz y á Ulúa, fué por no tener seis fragatas que se necesitaban.

Examinada la cuestion con la debida imparcialidad, puede sostenerse que ningun agravio ha inferido á España México; que ni es responsable de delitos particulares perseguidos con singular eficacia y castigados con toda la severidad de las leyes penales, ni ha querido en materia de pagos otra cosa que la debida exclusion de créditos fraudulentos, cuya asociacion con los legítimos, sobremanera perjudicial á éstos, repugnaban á la vez el derecho y la moral.

Por mas que se diga que D. Miguel de los Santos Alvarez hizo lo que no debia, no nos cansaremos nosotros de repetir á nuestro turno, que nadie ha comprendido ni defendido mejor los derechos de España, que aquel entendido diplomático, á quien no se puede tildar en su conducta imparcial y justificada.

La horrible interpretacion dada á los asesinatos de Cuernavaca y San Dimas, que de crímenes particulares aparecieron convertidos en atentados gubernativos, pudo dar lugar de pronto á preparativos militares en España, emanados de una falsa creencia. Hoy que los hechos son ya perfectamente conocidos, no deberia hablarse de ellos sino para confesar

ingénuamente el error en que se cayó por las exageraciones de la maledicencia.

El tratado Mon-Almonte nunca ha debido considerarse como el término definitivo de las cuestiones pendientes. El gobierno reaccionario, cuyos actos nada valian puesto que existia en el país otro gobierno que lo era de hecho y de derecho, sancionó la obra de su representante, porque á trueque de buscar en el extranjero apoyos para su efímera existencia, nada le importaba sacrificar los derechos mas sagrados de la nacion de que se decia representante. La autoridad legítima protestó contra el tratado inmediatamente que tuvo noticia de su celebracion; y cuantas veces se ha tocado la materia, otras tantas ha negado la validez de aquel acto, nulo por la falta de personalidad de una de las partes contratantes.

Escandaloso es en grado superlativo, afirmar que Almonte procuró sacar las mejores condiciones posibles para México, cuando en ese tratado, al que quedará adherido su nombre cual una marca ignominiosa, no hubo humillacion, ni perjuicio, ni bajeza, que excusara para este desgraciado pueblo. Pasó por todas las exigencias del embajador Mon, de quien no sabemos que retirara una sola, ni es facil comprender qué mas hubiera podido pedir, despues de tanto como sacó. Léjos, pues, de que Almonte hubiera obrado en ese negocio como buen mexicano, se manejó como un hijo vil y desnaturalizado del país que tuvo la desgracia de abortarlo.

Tan falto de sentido comun es el elogio de Almonte, que el grave senado español no pudo conservar su seriedad al escucharlo. Las risas que interrumpieron al orador, fueron el merecido castigo de la temeridad con que se puso en ridículo.

Segun las explicaciones dadas por Calderon Collantes, cuando se trató en las córtés de la expulsion de Pacheco, parecia que se habia admitido como buena la indicacion de que se habia lanzado de la república como á un particular á aquel descarriado diplomático. Ahora sabemos que no hubo tal inteligencia, y que si el gobierno español se hizo el disimulado, fué á mas no poder, por carecer de las seis fragatas con que se proponia cañonear nuestro principal puerto. Esta es la segunda confesion de que, actos calificados luego de generosos, han sido el resultado de la impotencia.

Tan pronto como estuvieron reunidos los elementos necesarios para venir á México, se dispuso la expedicion, si bien nunca se pensó en intervenir en nuestros asuntos, ni en llegar á la capital de la república. Súpose luego que tambien Francia é Inglaterra se preparaban á venir á imponernos la ley, y entonces se asoció con estas dos potencias España, recelosa de que la reciente incorporacion de Santo Domingo, diese á entender que abrigaba miras ambiciosas.

Desembarcados los aliados en Veracruz, debieron pasar al gobierno constituido en la república, un *ultimatum* en que se fijaran los agravios recibidos y las satisfacciones exigidas, señalándose un plazo breve para contestar. Segun el gefe del gabinete español, no se venia á discutir con Juarez, sino á imponerle condiciones, que si no eran aceptadas, darian lugar en el acto al rompimiento de las hostilidades.

Poco justificable habria sido sin duda tal modo de proceder, en que á lo cabo escuadra se pedia un sí ó un nó redondo, sin consentir en la modificacion mas insignificante. Deshonroso habria sido para tres grandes potencias cometer un horrible abuso de la fuerza, para sostener, sin audien- cia ni defensa de una nacion tan soberana como ellas, negocios de la calaña del de Jecker.

Por fortuna para México, surgió el desacuerdo entre los plenipotenciarios, sin que en esto tuvieran culpa, como cuidó de asentar O'Donnell, ni el gobierno español, ni su representante, á quien no quedó ya mas arbitrio que celebrar los convenios de la Soledad, á fin de buscar para las tropas cantones mas saludables.

La aprobacion de esos preliminares por el gabinete de Madrid no pudo influir en el rompimiento de Orizava, puesto que aquella no se supo en México hasta despues de ocurrido este. Así lo reconoce el presidente del consejo de ministros, quien agrega que sí influyó en la ruptura la llegada de Almonte, con la que acabó de desarrollarse la mala inteligencia de los plenipotenciarios. Acusa ademas al renegado de haber contraido compromisos superiores á sus fuerzas, no contando ni con el partido conservador, que lo ha declarado traidor á su patria. En comprobacion de este aserto, leyó una curiosísima carta de Zuloaga al capitán general de Cuba, escrita el 14 de Agosto último.

Titulándose ese ridículo personaje presidente electo por la voluntad espontánea de la república de México, se llama tambien gefe del partido conservador, cuya voz se encarga de hacer oír al gobierno español.

Conocida es la historia de la presidencia del pobre D. Félix. Colocado por la confianza del general Comonfort, correspondida con una ingrata defeccion, al frente de la brigada que subvirtió el orden legal, debió á esa casualidad figurar en primer término en la revolucion reaccionaria, cosa á que nunca hubiera podido aspirar de otra manera, por su completa nulidad. El partido que lo elevó á la presidencia, no tuvo en cuenta sus méritos, desconocidos para el mundo entero, ni depositó en su persona la confianza que nunca puede infundir un tráfuga. Lo elevó, pues, por la sim-

ple consideracion de que iba á tener un dócil manequí que podría manejar á su antojo. El nombramiento del héroe por fuerza, procedió de una junta de notables, escogidos por su camarilla, y á cuyos sufragios tiene ahora el descaro de denominar "voluntad espontánea de la república de México."

No sabemos de cuándo acá habrá ascendido á gefe del partido conservador. Si cuando estuvo en su presidencia de burlas, otras manos y no las suyas eran las que movian los alambres en aquel teatro de títeres, hoy que acabó su papel en la farsa, ménos ha de haber quien lo haga formal. Para que rematara en sainete por fin de fiesta la historia en México del moribundo partido conservador, no podría ciertamente valerse de arbitrio mas acertado, que el de reconocer por gefe á todo un D. Félix Zuloaga.

Démosle, empero, el gusto de admitirlo por ahora convencionalmente en la calidad con que se presenta, para oír la voz que se ha encargado de llevar.

El partido conservador de México, pide la preponderancia en México del partido conservador. Eso se llama ir al grano y no andarse por las ramas.

Para fundar la peticion, se alega el doble peligro de que pacificados los Estados-Unidos, se pierdan las posesiones españolas en union de las mexicanas, ó que Juarez consiga exterminar en México á todos los blancos.

Zuloaga y Julio Grenier han estudiado por el mismo autor. Para ambos es inevitable la terrible disyuntiva de la absorcion europea ó americana, y tanto uno como otro se deciden por la primera. Olvidan los incautos que existe un término medio muy natural: el de que México no sea absorbido por nadie. Tal es el programa del partido liberal.

Lo de las posesiones españolas no es asunto de nuestra incumbencia.

Emplear contra Juárez la infame, la deshonrosa, la mal forjada calumnia del exterminio de los blancos, es mentir á sabiendas con el bastardo fin de denigrar al gefe supremo de la nacion, al que sí puede llamarse presidente por la voluntad espontánea de México. Zuloaga se ha prestado á desempeñar el ominoso papel de calumniador, prestando sin duda su firma á alguno de esos directores ocultos, acostumbrados á que les sirva de testafarro.

La carta pone en parangon la demagogia con el pensamiento de Almonte, calificando de tan ruinoso una como absurdo otro. La demagogia no es parte de la cuestion; eslo solamente la democracia, que solo ignorantemente puede confundirse con aquella.

No conocemos á punto fijo cuál sea el pensamiento de Almonte, que no hubiera hecho mal el órgano de los conservadores en explicarnos á los profanos. Si se alude á la candidatura de Maximiliano, oportuno habria sido tambien que se nos pusiera al corriente de si lo que se repugna es el establecimiento de la monarquía, ó la eleccion del candidato. De ser lo primero, mucha satisfaccion nos cabria de que el epíteto de traidor, aplicado á Almonte por sus correligionarios, reconociese semejante origen. Los políticos europeos que han sostenido la existencia en México de un partido monarquista, se quedarian absortos al verse desmentidos por los mismos en quienes han supuesto tal profesion de fé.

En caso de que no mienta la encapotada fraseología de la carta, el partido conservador se preparaba desde mediados del año anterior á tomar en las manos la bandera nacional y hacer la guerra. ¿A quién?..... ¿A los franceses? Así

parecia indicarse; pero los hechos no han correspondido á la oferta. ¿Al gobierno liberal?..... Mal podria entónces llamarse patriotismo la rebelion al frente del enemigo extranjero.

La confusion aumenta con la solemne declaracion de que la intervencion fué y es deseada en México, y con el consejo de que se reanude el tratado de Lóndres, para que se restablezca la accion combinada de la Europa.

En catorce meses que cuenta ya de invadida la república mexicana, repetidísimos testimonios de palabra y de obra han demostrado el odio á la intervencion. La aprobacion que hoy merece del antiguo presidente trashumante, no sirve para otra cosa que para fundar en su contra el cargo personal de que su salida del país no reconoció el origen patriótico de que blasonaban sus parientes, sino el del despecho de verse desconocido en su carácter de gobernante.

Terminada la lectura del documento que hemos examinado, dió tambien su pincelada el general O'Donnell sobre los partidos en México, declarando que no los hay, puesto que todos los hombres políticos han figurado aquí alternativamente en unas y en otras filas, segun les ha convenido mejor para llegar al poder.

Tales aseveraciones revelan en quien las hace, poca instruccion en nuestra historia contemporánea. En México, como en todas partes, ha habido efectivamente un número considerable de esos proteos políticos, sin mas principios que su interes personal; pero medir á todos nuestros hombres públicos con el mismo cartabon que á un Santa-Anna, un Almonte y un Zuloaga, es un error patente. México se honra con patricios eminentes, que jamas han abandonado las filas en que se han alistado, que nuuca han desoido la voz de su conciencia, que han sacrificado al cumplimiento